

CLXII

Vas cambiando de amor todos los años,  
mas no cambias jamás de desengaños.

CLXIII

Si á comprender aspiras  
la ciencia de las puras realidades,  
hallarás que de todas las verdades  
la mitad por lo menos son mentiras.

CLXIV

Pinchando á sus rivales,  
te escribe con la espada madrigales.

CLXV

Nunca me hallo sin fausto ni dinero,  
porque veo en la sombra lo que quiero.

CLXVI

Esa mujer tan bella,  
fué por mí tan querida  
que alguna vez, para morir por ella,  
tan sólo me faltó perder la vida.

CLXVII

El pobre está seguro que su perro  
ha de formar su séquito en su entierro.

CLXVIII

Aun tengo confianza  
de que Dios me dará la fe perdida.  
¡Bien haya el que ha inventado la esperanza  
que es la muerte el principio de otra vida!

CLXIX

Contra esa infiel que con rubor se aleja,  
porque un día mató mis esperanzas,  
tomé la más atroz de las venganzas  
dejándola morir de fea y vieja.

CLXX

Voy sembrando esperanzas por los vientos  
y recojo después remordimientos.

CLXXI

Si aunque tierna y vivaz aun eres pura,  
no olvides el consejo que te ofrece  
esta eterna verdad de la escritura:  
«Todo el que ama el peligro en él perece.»

CLXXII

Cuando halla algún buen mozo que le agrada,  
¡qué bien se suele hacer la deslumbrada!

CLXXIII

Yo sé quien, de una dicha que no alcanza,  
va bebiendo en tus ojos la esperanza.

CLXXIV

Pocas veces te ví, pero no olvido  
que yo te amé como no amó Macías,  
y que fué la pasión que te he tenido  
un amor inmortal de cuatro días.

CLXXV

Por no ser natural hace, cuando ama,  
de cada paso de comedia un drama.

CLXXVI

Cual tú, Mendes Leal, busqué afanado  
una gloria fingida,  
para saber al fin, desengañado,  
que no hay más dicha que esta en nuestra vida:  
nacer, vivir, amar, ser olvidado.

CLXXVII

Al mostrar á esta niña encantadora,  
suele decir su madre embebecida:  
«Aquí tenéis la Aurora  
de los días más bellos de mi vida.»

CLXXVIII

Si te casas, Inés, ten por seguro  
que todo novio es un traidor futuro.

CLXXIX

Ya, al pretender ser tierno,  
sale del pecho mío  
un aliento más frío  
que una ráfaga de aire del invierno.

CLXXX

La cuna y el altar son dos moradas  
donde viven las madres prosternadas.

CLXXXI

De esa antigua coqueta la hermosura  
las ganas me quitó de hacerme cura.

CLXXXII

A todo va la inmensidad unida;  
si entre el ser y no ser mediá un instante

tiene el punto presente de la vida  
un infinito atrás y otro delante.

CLXXXIII

A ti, ducha en amor, ya te da risa  
una loca de atar como Eloísa.

CLXXXIV

¡Oh, Isabel! ¡Cuántas veces á hurtadillas  
á través de estas pérfidas varillas,  
con tus pupilas de ternura llenas  
á algún hombre feliz, de ti adorado,  
lo mirarás apenas,  
por temor de mirarle demasiado!

CLXXXV

Tanto aumenta la gloria su estatura,  
que á ese genio gigante  
le llamarán *el grande* allá en la altura  
Shakespeare, Ariosto, Calderón y Dante.

CLXXXVI

Aunque ve que la engañan con frecuencia,  
no se quiere curar de su inocencia.

CLXXXVII

El que sufre, lo mismo que el que adora,  
creen que todo en el mundo, ó quiere, ó llora.

CLXXXVIII

Desde que te ha sufrido,  
ya no me extraña tanto  
que como Job el santo  
maldiga el hombre el día en que ha nacido.

CLXXXIX

No rechaces tus sueños, hija mía;  
sin la ilusión, el mundo ¿qué sería?

CXC

En su primera confesión á Pura  
ya no le dió la absolución el cura.

CXCI

Ya sabes que aunque tanto te he querido  
cuando eras una pobre verdadera,  
después que fuiste altiva y heredera  
te honré con un desprecio merecido.

CXCVI

PARA UNA INCLUSA

Si, al pasar el umbral de la existencia,

ves que no encuentras á tu madre allí,  
bendiciendo la causa de su ausencia,  
llama á esta puerta y la hallarás aquí.

CXCIII

Siempre vuela mi mente  
á buscar el Edén de tus amores,  
como constantemente  
se vuelven hacia el sol algunas flores.

CXCIV

¿Quién puede ser dichoso ni en la gloria  
si allí existe del mundo la memoria?

CXCV

Las niñas más juiciosas y más puras,  
al llegar la razón hacen locuras.

CXCVI

Te advierto, ángel caído,  
que ya has perdido en la opinión las alas,  
y que el olor de santidad que exhalas  
ya sólo lo percibe tu marido.

CXCVII

¿Me quieres? le pregunta, y ya la esposa  
dice *sí*, mas pensando en otra cosa.

CXCVIII

Cayó; y al mes siguiente  
ya era un frío deber su amor ardiente.

CXCVIX

Aunque huir de ella intento,  
no sé lo que me pasa,  
porque yo voy donde me lleva el viento,  
y el viento siempre sopla hacia su casa.

CC

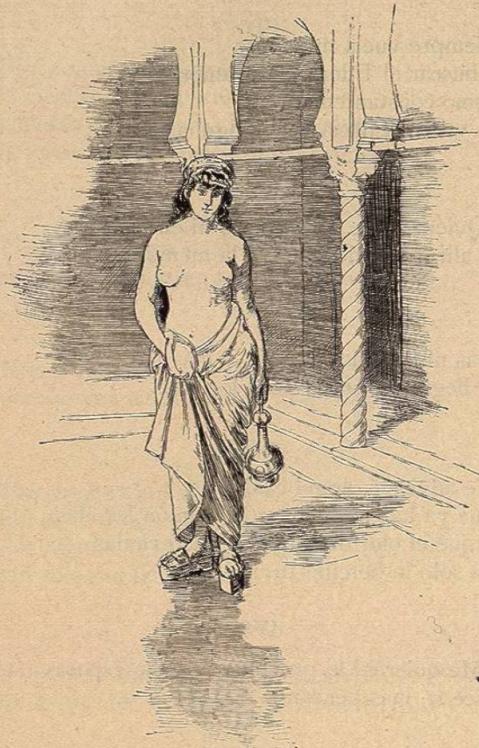
Agita tu abanico muy aprisa  
y verás cómo el céfiro ligero  
te cuenta muchas veces, María Luisa,  
lo mucho, pero mucho, que te quiero.

CCI

No pretendas mi cantar  
Isabella-Roma oír.  
¿Por qué quieres ver llorar  
hoy que te toca reír?

CCII

¡Es la esencia mejor de la belleza  
el olor sin olor de la limpieza!



CCIII

Canta el aire, en sus trovas misteriosas,  
las penas y alegrías de las cosas.

CCIV

Se padre, que era un topo,  
la juzgaba inocente todavía,  
cuando yo averigüé que ya entendía  
la moral de las fábulas de Esopo.

CCV

Por ser tan instruída  
ya entre ella y su niñez media una vida.

CCVI

Ama con furia y odia con tal ira,  
que clava sus ideas cuando mira.

CCVII

A esa ética feliz, la va matando  
la fiebre que ha cogido  
durmiendo horas enteras, y soñando  
á la sombra del árbol prohibido.

CCVIII

¡Oh! ¡Qué cosas tan tiernas te diría,  
al contarte, Enriqueta, mis pesares,  
si esta alma, que es tan tuya como mía,  
estuviese en la edad en que tenía  
el ardor del cantar de los cantares!

CCIX

Espero con gran fe, Pepita bella,  
que el hombre fiel que ha de llamarte esposa,  
haciéndote dichosa,  
en tí desmentirá la frase aquella  
de — «¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

CCX

En cuanto al bien y al mal nada hay lejano;  
todo se halla al alcance de la mano.

CCXI

No escribo versos aquí  
porque mi nombre recuerdes,  
sino para que te acuerdes  
que yo me acuerdo de tí.

CCXII

Sensible, débil, religiosa y vana,  
eres en todo una verdad humana.

CCXIII

Cierra el joyero, Inés, ponte una rosa,  
que una bella está bien con cualquier cosa.

CCXIV

Al decirte hoy adiós, Hortensia mía,  
permite á mi amistad que te declare  
que como el hijo de Sión decía:  
«de mí me olvide yo si te olvidare.»

CCXV

En materia de flores y de amores,  
estoy por los amores y las flores.

CCXVI

Teme más al ardor de sus sentidos  
y á su propia bondad, que á diez bandidos.

CCXVII

La vida es un bostezo continuado,  
pues al rico y al pobre, á juicio mío,  
les hace bostezar, según su estado,  
pobres el hambre y ricos el hastío.

CCXVIII

Yo sé quién, de una dicha que no alcanza  
va bebiendo en tus ojos la esperanza.

CCXIX

Su gracia de ángel pasará á la historia,  
pues al ver de su risa los fulgores,  
la copian encantados los pintores  
para hacer las rompientes de la gloria.

CCXX

A mis ruegos el céfiro sonoro  
contándote estará toda tu vida  
lo que dijo un autor á su querida:  
«¡Maldito sea yo si no te adoro!»

CCXXI

Tu comercio de amor naturalista  
no gira más que letras á la vista.

CCXXII

¡Ay! ¡Como el cielo te ha dado  
gracia, juventud y amor,  
cuando te veo á mi lado  
parece que Dios ya ha echado  
sobre mi tumba una flor!

CCXXIII

Cuánta diablura te diría, cuánta,  
si tú, en vez de mujer, no fueses santa!

CCXXIV

Me atrae tanto el cielo  
que extraño alguna vez cómo no vuelo.

CCXXV

Por burlarse tal vez de lo que es santo,  
creo que fué el demonio  
quien llamó al matrimonio  
la noble institución del desencanto.

CCXXVI

En guerra y en amor es lo primero  
el dinero, el dinero y el dinero.

CCXXVII

Te ví una sola vez, pero mi mente  
te estará contemplando eternamente.

CCXXVIII

Al verte aborrecida,  
notarás, recordando cierta cosa,  
que á todas nuestras faltas en la vida  
las liga una cadena misteriosa.

CCXXIX

De una mujer como Virginia, honrada,  
lo mejor que hay que hablar es no hablar nada.

CCXXX

Imita á aquella nueva Galatea,  
pues, al ver que algún hombre la subyuga,  
para no ser vencida, siempre emplea  
la gran estratagema de la fuga.

CCXXXI

Los padres son tan buenos  
que hasta el menos iluso  
anhela para yerno un noble ruso,  
ó un príncipe italiano por lo menos.

CCXXXII

La mujer cuando olvida es que aun aprecia.  
El hombre que perdona es que desprecia.

CCXXXIII

Nuestra alma ve de admiración suspensa  
que el campo todo al Creador inciensa,  
y juzga con encanto verdadero  
que es una orquesta inmensa  
la gran palpitación del mundo entero.

CCXXXIV

Tan grande fué, que ante él todo es pequeño,  
«un delito el nacer», «la vida un sueño.»

CCXXXV

No temas de mi amor nada imprudente;  
sólo se ama á las santas santamente.

CCXXXVI

Si como el héroe de la Mancha, antaño  
realicé por tu amor grandes hazañas,  
hoy sentado á la sombra de un castaño,  
pensando mucho en tí, como castañas.

CCXXXVII

Se casó ayer, y hoy ya por cualquier cosa  
apuesta la cabeza de su esposa.

CCXXXVIII

Es tan casta, que ignora de seguro  
que hay algo de hez en el amor más puro.

CCXXXIX

Después que nos han hecho  
viejos la edad y tristes la experiencia,  
llevamos dos infiernos en el pecho,  
que son el corazón y la conciencia.

CCXL

En mí, cada mirada que me lanzas  
se deshace en millones de esperanzas.

CCXLI

## LOS TERREMOTOS

1

Si esperamos en Dios con alma honrada,  
premiará nuestra fe su providencia.  
¿Qué es el temblor de nuestro globo? Nada,  
al lado del temblor de la conciencia.

CCXLII

2

Colma nuestros deseos,  
librando á nuestra patria, ¡cielo santo!  
de estos días de espanto  
en que rezan á solas los ateos.

CCXLIII

3

Aunque el hombre se aterra  
al ver temblar bajo sus pies el suelo,  
¿quién sabe si en el cielo  
será ordenar el trastornar la tierra?

CCXLIV

4

Conmueve de placer nuestras entrañas,  
el ver que, consolando ajenos males,  
va la piedad, desde las casas reales  
á barrer la miseria á las cabañas.

CCXLV

5

—¿Qué haremos, cuando el cielo  
casas y templos con fragor derriba?



—¿Qué haremos, preguntáis, almas de hielo?  
¡Tener fe en la justicia de allá arriba!

CCXLVI

6

Debe el bueno sentir que tiembla el suelo  
como el justo de Horacio con firmeza,  
y ver también que se desploma el cielo  
sin inclinar siquiera la cabeza.

CCXLVII

7

¡Nadie sabe, mortales,  
por qué cuarteando el globo nos castiga  
ese gran Dios para quien son iguales  
los destinos del hombre y de la hormiga!

CCXLVIII

8

Cuando se abre la tierra estremecida,  
el bueno reza, se resigna y muere,  
que es el único sabio en esta vida  
el que sabe querer lo que Dios quiere.

CCXLIX

¿Oyes, Concha, los céfiros alados  
que agita tu abanico en derredor?  
Pues son todos suspiros ó recados  
que te manda al oído

CAMPOAMOR.

## DOLORAS

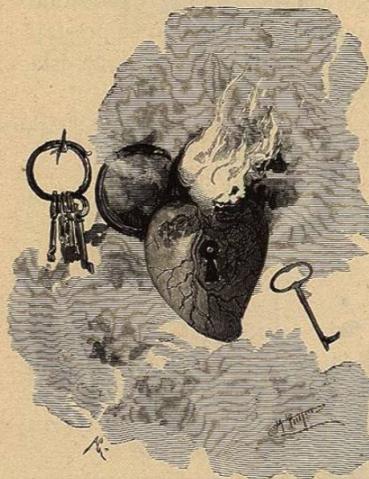
PRIMERA PARTE

I

COSAS DE LA EDAD

I

«Sé que corriendo, Lucía,  
tras criminales antojos,  
has escrito el otro día  
una carta que decía:  
— Al espejo de mis ojos. —



»Y aunque mis gustos añejos  
marchiten tus ilusiones,  
te han de hacer ver mis consejos  
que contra tales espejos  
se rompen los corazones.

»¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,  
el corazón lastimado  
á dura cautividad,  
si yo volviera á tu edad,  
y lo pasado, pasado!

»Por tus locas vanidades,  
¡que son, oh niña, no miras  
más amargas las verdades,

cuanto allá en las mocedades  
son más dulces las mentiras!

»¡Y que es la tez seductora  
con que el semblante se aliña,  
luz que la edad descolora!  
Mas ¿no me escuchas, traidora?  
(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)

II

«Conozco, abuela, en lo helado  
de vuestra estéril razón,  
que en el tiempo que ha pasado,  
ó habéis perdido ó gastado  
las llaves del corazón.

»Si amor con fuerzas extrañas  
á un tiempo mata y consuela,  
justo es detestar sus sañas;  
mas no amar, teniendo entrañas,  
eso es imposible, abuela.

»¿Nunca soléis maldecir  
con desesperado empeño  
al sol que empieza á lucir,  
cuando os viene á interrumpir  
la felicidad de un sueño?

»¿Jamás en vuestros desvelos  
cerráis los ojos con calma  
para ver solas, sin celos,  
imágenes de los cielos  
allá en el fondo del alma?

»¿Y nunca veis, en mal hora,  
miradas que la pasión  
lance tan desgarradora,  
que os hagan llevar, señora,  
las manos al corazón?